

EL ABISMO

Los sueños. Ese es el motivo de porqué existimos, la razón. Los sueños nos hacen pensar, imaginar cosas que podrían llegar a pasar, nos hacen únicos, valientes. Lo supe cuando empecé a creer. A creer en mí.

Soy Talia. Talia McDonald. Y si lo sé, es McDonald, pero no te rías, que ya soy bastante vergonzosa. Te voy a contar cómo me ha ido en la vida. La historia más increíble que yo te podría contar...

Un día, cuando era pequeña, con unas 7 u 8 años, estaba durmiendo. Soñaba con que viajaba a las nubes, volando. Mientras me despertaba, el sueño iba desapareciendo poco a poco hasta que se fue del todo. Para entonces, yo ya estaba completamente despierta. Tenía sed y ya no quedaba agua en el vaso de mi mesita de noche, así que me levanté, y cuando salí del cuarto, en vez del pasillo de mi casa, había un precipicio. Me froté los ojos, porque no me creía que mi pasillo hubiese desaparecido para dejar paso a un acantilado, pero no sirvió de nada, ya que cuando los volví a abrir, ante mí, seguía habiendo un vacío sin fin que solo llevaba a la muerte, o eso creía yo. Me senté al borde del abismo, pero en vez de que mis piernas colgaran, tocaron una especie de suelo de cristal pegado a la tierra. Me di cuenta de

que era un camino. Sentí cómo el camino me invitaba a cruzar el puente de cristal, pero yo me negué. Eso no podía estar pasando. Así que rápidamente, me metí de nuevo en el cuarto y cerré la puerta detrás de mí. Me interné en mi cama y me dormí.

Al día siguiente, los recuerdos del camino de cristal eran barrocos. Pensé que lo había soñado, así que me olvidé por completo. Pero unos días más tarde me pasó exactamente lo mismo. Mismo sueño, misma alucinación y mismo espasmo por mi parte. Decidí cruzar al otro lado, solo para saber, para curiosidad. Cuando llegué había un basurero. No entendía nada. De repente, vi un niño, pálido, con ojeras y con moratones. Me acerqué a él poco a poco. Como no se movía y estaba así, de pie, sin más le pregunté:

- ¿Qué haces aquí?

Como no respondía, le dije:

- ¡Oye! Te he hecho una pregunta ¿Qué haces aquí? - le repetí - ¿Qué es este lugar? ¿Por qué tienes tantos moratones? ¿Hola?

Sin previo aviso el niño me cogió del brazo, me acercó a él y me dijo al oído:

- Ya viene, ya está aquí.

Me separé un poco de él para mirarle a los ojos.

- ¿Qué? ¿Quién está aquí? - le pregunté sin entender qué quería decir.

- Tú. - respondió el niño. Me alegué de él y volví a

mi cuarto lo más rápido que pude. ¿Cómo que yo?
¿Acaso había dos yo? ¿Acaso el niño tenía miedo de mí?
¿O del otro yo? Si era del otro yo, ¿Por qué? ¿Era el
otro yo el que le había hecho tantos maratones? Tenía
demasiadas preguntas sin respuesta, así que intenté parar
de pensar en ello y dormirme.

Los años fueron pasando y nada parecido ocurrió,
así que supuse que habían sido imaginaciones mías.
Hasta que un día estaba paseando por la calle para
tomar el aire. Hacía frío porque era de noche, así
que me puse la chaqueta antes de cruzar el paso
de cebra. Cuando levanté la mirada, casi me da
un infarto. Mi otro yo tenía al niño pálido
cogido del cuello al otro lado de la calle.
Antes de cruzar corriendo para ayudar al niño,
me fijé en que este no había creído nada desde
la última vez que nos vimos, a diferencia de
mí. No le di muchas vueltas al tema. Cogí
una piedra del suelo y cuando estuve lo
bastante cerca como para acertar, le tiré la
piedra a mi otro yo, que cayó al suelo incons-
ciente, mientras el niño salía pitando por la
calle.

-¡Espera, no te vayas! - le grité, pero no me
escuchó. Volví a centrar mi atención en mi otro yo,
Llevaba mi misma ropa, excepto porque
tenía un anillo en el dedo. Se lo quité, y cuando
lo hice, mi otro yo se transformó en un monstruo
horroroso y feo, pero inconsciente. En el anillo ponía:
"Odio de Talia".